

El Sr. Mora, despues de una brillante carrera escolar en la que fué condiscípulo de Don Sebastian Lerdo de Tejada, ocupó en la Iglesia católica mexicana los altos puestos de obispo de Jalapa y de Puebla. Lo distinguió siempre, además de su gran erudicion y sus verdaderas virtudes evangélicas, un espíritu de cristiana tolerancia.

La Cámara popular perdió tambien entre sus miembros al Sr. D. VÍCTOR PEREZ, miembro que fué del Congreso Constituyente; y entre las filas de los jóvenes, á RICARDO MORENO, y por último, al Sr. PARDO, recientemente electo por un distrito del Estado de Hidalgo.

Amigos tambien muy queridos se nos han ido en este año: aún están recién abiertas las fosas de MANUEL ALVIREZ GONZALEZ, liberal intachable y partidario modelo de lealtad en el suelo michoacano, y la de MIGUEL MENESES allá en el fondo de la India inglesa, y . . . las de tantos otros



EL BUSTO DE ACUÑA.



ACUÑA es un gran poeta, dirán los que registren más tarde nuestra historia literaria; fué un verdadero poeta que tomó á lo serio su genio sobre la tierra, decimos los que presentimos su martirio y palpamos su agonía.

La historia de ese martirio y de esa muerte, la ha recogido y consignado Juan de D. Peza, en un artículo reproducido hasta la saciedad en los periódicos de la América del Sur. Es la verdadera, pero entrevelando detalles que ninguno de los amigos de Acuña debia librar á la publicidad. Cuando más, esos detalles podrían figurar en las memorias póstumas de Peza, de Ortiz, de Garza ó mias. De modo que esa fantasía brillante que sobre Acuña hizo Adalberto Esteva en las columnas del *Nacional*, fué una fantasía hecha de oídas; cuando Acuña murió, Adalberto era todavía muy joven, creo que casi niño.

Yo no solo fui su contemporáneo, sino su amigo. Cuando creyó que debía abandonar la vida, trabajábamos en escribir dramas patrióticos para los teatros de barrio. Ya había él versificado uno que se titulaba *Letuona*. Yo fui el comisionado para hablar en su inhumación á nombre del *Liceo Hidalgo*, al cual pertenecían entónces: Ramirez, Altamirano, Peredo, Pimentel, Riva Palacio, Cuellar, Tellez, Luis G. Ortiz, Sosa y Alcaraz.

En ese desmarmelado cementerio del Campo Florido, rendí á nombre del Liceo los últimos honores humanos á Acuña, y así concluía en medio de una emoción inexplicable:

“Y tu, cadáver impasible, á cuya presencia se ha convertido nuestra alma en un santuario, hoy que empieza tu transformación, hoy que no eres sino la reliquia que debemos entregar á la tierra, hoy que tus dolores se han perdido ya entre las sombras de todos los pesares y de todos los martirios, hoy venimos á cumplir el más desesperante de todos los deberes: á saludar á un muerto. Ayer, teníamos un sér á quien estrechábamos con la tierna efusión de la amistad; hoy, solo nos queda su memoria: sus cenizas son elementos que demanda la naturaleza y sus misteriosas leyes nos las arrancan; pero no acabará su vida en el sepulcro. Sus cantos de poeta, sus arranques de pensador recorrerán en alas de la gloria, el mundo del sentimiento y la poesía, y salvando los abismos de la muerte, perpetuarán su nombre en generaciones enteras de pensadores, como los rayos de las estrellas que se extinguen, perpetúan su imagen al salvar los abismos del espacio.

“¡Estrella que se extinguió, tu luz nos ilumina! ¡Poeta, tu nombre es un poema en nuestras almas!

“¡Hermano, ya que nuestras lágrimas no pueden volverte á la existencia, recibe el postrer adiós de tus hermanos!”

Hiperbólicas y de mal gusto, dirán algunos al leer estas frases; pero

yo os protesto que me nacieron del corazón. Las repito porque las sentí, y las dije con la conciencia de que interpretaba los sentimientos agitados de los que me escuchaban

Cómo supe la muerte de Acuña, fué semejante al efecto de un rayo. Había yo estado con él, en una imprenta de la calle de Perpetua corrigiendo *pruebas*, nos habíamos separado, él para irse á bañar y yo para ir á hacer el *oso*. A las tres de la tarde, poco más ó ménos, me encontré á Pancho Sosa enfrente del *Colegio de Abogados*, hoy casa del Telégrafo Federal, y me dijo que Acuña se había suicidado.

No lo quise creer; él, desencajado y pálido, insistía en su lúgubre noticia, y tuve que convencerme cuando ví su cadáver tendido ya en la antigua capilla de la Escuela de Medicina.

Hubo entónces un carácter, que gran carácter era D. Leopoldo Rio de la Loza, que impidió que Acuña fuese mandado á un anfiteatro vulgar, y que nos permitió que en el seno mismo de la Escuela honrásemos su memoria. El gran químico, gloria de la patria mexicana, despertó ese día á la vida del corazón y volvió á los años juveniles. Bien es cierto que nunca envejeció el corazón de ese noble anciano, que aprendió á amar la libertad en los calabozos inquisitoriales desde niño, que fué de los fundadores de la Escuela de Medicina en 1833, cuando la inauguró Gómez Farías, que se alistó en la guardia nacional cuando en 1847 el invasor norte-americano profanaba la patria, y que nunca dió otro título á Maximiliano que el de Monseñor ó el de Archiduque.

Enterramos á Acuña con un gran desaliento en el alma. No porque las ideas materialista y positivista hubiesen provocado su muerte, sino porque casi al borde de su tumba supimos de una manera cierta, que lo había matado la *miseria*, la miseria vergonzante, la miseria, más terrible en los que visten levita que en los que visten

andrajos. Un drama terrible del alma determinó esta miseria, un pudor propio de una alma límpida y pura hizo estallar la desesperación, un organismo excepcional buscó la catástrofe. No podemos decir más sus amigos. Un sér vulgar no se hubiera matado; cada uno de nosotros hubiera alejado de sus labios el veneno, al saber las causas; pero las calló con una resignación de mártir.

Sus poesías prometían mucho, su drama *El Pasado* revelaba un génio. Era una esperanza. Pero aun truncada esa esperanza, sus obras literarias son gloria y honra de la generacion en la que vivió. Al morir, su talento habia llegado á su meta: esto lo reconocen todos los críticos.

Por esta doble consideración inauguramos su busto. Pensamos en ello primero, Juan de Dios Peza y yo; dudábamos entre Rodríguez Galvan (otro inmortal olvidado) y Acuña; pero Peza se hizo esta reflexión: que Acuña era de nuestra generacion un poco maltratada por las envidias de la que asoma, y al oírnos discutir se asociaron á nuestro pensamiento: Manuel Sierra Mendez, hermano de poetas, Enrique Labrada é Isidoro Pastor.

Lo que pasó despues fué bien sencillo: pedimos permiso al Sr. D. Pablo Bergés, propietario del Teatro Nacional, para colocar el busto de Acuña en el lugar que ocupaba una *Niobe*, entre los bustos del nunca olvidado poeta Fernando Calderon y del inmortal actor Antonio Castro, y ese permiso nos fué concedido con una galantería exquisita. Mandamos hacer luego el busto al Sr. Santillan, hábil y distinguido escultor, y una tarde, sin aparato alguno, lo colocamos en el nicho que está en el centro, del lado sur del patio de cristales del Teatro Nacional.

No es este el único recuerdo que el cariño íntimo ha levantado á Manuel Acuña. En el mismo Campo Florido, un corazón apasionado le levantó un túmulo artístico y elegante, aunque sencillo, con

las economías de un trabajo cotidiano, y aun pudiera decirse precario. Fué un corazón femenino

Puesto que de un busto colocado en el peristilo del Teatro Nacional se trata, no es del todo malo recordar que allí, á los lados de Acuña, están el de Fernando Calderon, como se ha dicho, y el de Antonio Castro.

Calderon, el autor de *Ana Bolena*, *La vuelta del Cruzado* y *A ninguna de las tres*, fué un distinguido poeta lírico y uno de los iniciadores de la escuela romántica. Antonio Castro fué un génio como actor, su cuerda era la cómica; deleitó á toda una generacion, y fué gloria del arte dramático. Murió de una afección del corazón y apesadumbrado de oír las cornetas de los franceses que entraban á México, en Junio de 1863.

En frente de Acuña, está el busto de Angela Peralta. Los últimos versos que Acuña leyó en público, fueron los que escribió al inaugurar este busto, y la tribuna ese día estuvo colocada precisamente al pié del nicho que ocupa hoy el del poeta. De esto hace unos catorce años bien pasados.

A los lados están, las efigies del inmortal autor de *La verdad sospechosa*, D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, cuyo retrato figura en el proscenio del Teatro Español en Madrid, y la de D. Manuel Eduardo de Gorostiza, que si España lo reclama como gloria legítima, considerándolo como sucesor de Moratin y predecesor de Breton de los Herreros, nos pertenece como diplomático, como hombre de Estado y como héroe de la gloriosa rota de Churubusco, en la que expuso sus canas en defensa de la patria que lo vió nacer.

Faltan allí los bustos de Sor Juana Inés de la Cruz, de Rodríguez Galvan y de Carlos Hipólito Serán. Ya los colocaremos sin bombo y sin aparato. Para ello contamos con D. Pablo Bergés.